



# HACIA LA LUZ

Care Santos



LcJ

## **Hacia la luz**

### **Care Santos**

1ª Edición Digital

Diciembre 2012

Smashwords edition

© Care Santos 2008

© de esta edición:

Literaturas Com Libros

Erres Proyectos Digitales, S.L.U.

Avenida de Menéndez Pelayo 85

28007 Madrid

<http://lclibros.com>

ISBN: 978-84-15414-58-2

Diseño de la cubierta: Benjamín Escalonilla

*Para el doctor Claudi Santos, mi hermano mayor,  
porque sin él la vida sería un lugar mucho más oscuro.*

*La vida es una gran sorpresa. No veo por qué la muerte no  
puede ser una mayor.*

VLADIMIR NABOKOV

*A nosotros nos ocurre igual que a las aves migratorias; hay  
una voz interior que nos dice cuándo debemos adentrarnos  
en lo desconocido.*

ELISABETH KÜBLER-ROSS

## Índice

Prólogo: Frontera

Primera parte: Palabras de despedida

Documento 1: El origen de una vocación única

Segunda parte: Asir el aire

Documento 2: El demonio de la muerte

Documento 3: Un brindis con la muerte

Epílogo: Paraíso

Nota de la autora y agradecimientos

Sobre la autora

## PRÓLOGO

### FRONTERA

*Per tuas semitas  
duc nos qua tendimo  
Ad lucem quam inhabita  
(Por tus caminos  
guíanos a donde anhelamos  
hacia la luz en la que moras).*

SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Panis Angelicus*

Laura le temió al parto desde el mismo momento en que supo que estaba embarazada. Por eso cuando aquella noche, ya de ocho meses, sintió una punzada de dolor insoportable dentro de su vientre, el peor de los presagios comenzó a cobrar forma de pesadilla. Se palpó con una mano temblona, sintió la humedad tibia de la sangre diluida, encendió la luz, observó la mancha con horror y despertó a Paul, que dormía a su lado:

—¿Dónde está el número de urgencias que nos dio la comadrona? —le preguntó.

Mientras esperaban que llegara la ambulancia, el dolor se hizo más intenso. Laura intentó entretenerse dando instrucciones precisas: la canastilla, la tarjeta sanitaria, la muda, los pañales, el cochecito...

El dolor venía acompañado de una fuerte compresión en el abdomen. A ratos era como si le faltara el aire. Pensó que necesitaba unos calcetines. Si moría, no quería que fuera con los pies desnudos.

—¡Necesito los de lana de color violeta! Están en la secadora.

Paul intentó sonreír. Le apretó la mano. También él estaba angustiado.

Pensó en los pies fríos de Laura. Intentó bromear sobre esa urgente necesidad de calcetines, pero no fue capaz. Ella le contó una vez que la temperatura de sus pies había espantado a más de un compañero de cama. Salvo a él. Él nunca le temió al frío.

Cuando la subían a la ambulancia, Laura reparó en que su marido parecía muy abatido, y trató de animarle:

—Todo irá bien —se oyó decir, con la voz esforzada del doliente—. Pero no olvides mis calcetines.

En urgencias enseguida se dieron cuenta de que Laura no era una de esas primíparas que confunden el hipo del bebé con las contracciones de parto. Lo suyo era algo serio, y se actuó en consecuencia. El reconocimiento fue rápido, y el diagnóstico tampoco se hizo esperar: era necesario llevar a cabo una cesárea de emergencia. El anestesista era de los mejores del centro, un profesional con más de veinte años de ejercicio. Ni la prisa ni la situación pudieron con su templanza ni alteraron su buen hacer. Lo que ocurrió era inevitable. A cualquiera, por experimentado que fuese, le habría podido pasar.

En menos de media hora todo estaba listo para que la pequeña de Laura viniera al mundo y librara a su madre de aquel padecimiento. Pero solo cinco minutos después de la sedación, una de las enfermeras se percató de que algo iba mal. Las constantes vitales de la paciente se alteraban, la presión y la frecuencia cardíaca caían.

Ni la propia Laura sabía que era alérgica a uno de los componentes de la anestesia. La dosis necesaria para la operación entró en su torrente sanguíneo con el poder destructor de un ejército. Diez minutos después, su corazón se detuvo.

Mientras los médicos comenzaban con el masaje cardíaco, se llamó al equipo de paradas. Las maniobras fueron las habituales: bicarbonato en vena, masaje, desfibrilador. Mientras tanto, su ginecólogo trabajaba contrarreloj para extraer del abdomen inerte a una preciosa criatura de tres kilos. Una niña redonda y rosadita a la que costó un horror hacer llorar, como si con su llanto temiera perturbar las maniobras de los médicos. A todos les sorprendió que, en un momento de máxima tensión, el ginecólogo gritara:

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda! ¡Se nos va!

Nunca antes le habían visto perder la calma así.

La comadrona que estaba de servicio ese día se enjugaba las lágrimas mientras limpiaba al bebé como había hecho tantas veces. Pero con la seguridad de que iba a recordar aquel nacimiento el resto de sus días.

Laura asegura que fue en ese momento cuando escuchó aquel ruido ensordecedor. Era también muy desagradable, parecido a cuando alguien araña con las uñas la superficie de una pizarra. Lo que ocurrió después la agarró por sorpresa, y ni siquiera al contarlo dejaba de experimentar el asombro de aquella vez: sintió que abandonaba su cuerpo. Según ella, fue una experiencia plenamente consciente, como si su esencia escapara de pronto de la carcasa que la había contenido desde que nació. Se sintió flotar en el vacío. Vio el quirófano desde lo alto, como lo habría hecho una araña que estuviera tejiendo su tela en un ángulo del techo.

Como no sabía qué hacer, ni entendía qué estaba ocurriendo, pasó un buen rato observando. Se fijó mejor en la comadrona, con el bebé en brazos, llorando sin disimulo mientras contemplaba a los facultativos que intentaban salvarle la vida. Vio a los del equipo de paradas en un combate cuerpo a cuerpo contra la muerte. Reparó en cada una de las gotas de sudor en la frente de su ginecólogo, en su rictus de contrariedad, en el temblor de sus labios. Si no le hubiera conocido siempre tan mesurado y tranquilo, no le habría impresionado tanto verle perder los nervios y golpear la pared con los nudillos hasta hacerse sangre, a pesar de los guantes de látex. Por absurdo que parezca, le llamó mucho más la atención la sangre en la mano del doctor que la suya propia, que estaba por todas partes, mientras los médicos cosían su cuerpo laxo.



Fue esa visión, aún sin atreverse a extraer conclusiones, la que le hizo comprender. Era su propio cuerpo aquel que se convulsionaba sobre la camilla, y era su hija aquella criatura a la que sostenía la desconsolada comadrona. En ese instante supo que acababa de morir. Sin alharacas, sin dramatismos. Lo supo, nada más. Como si esa fuera una información neutra. Y pensó:

«¿Por qué se esfuerzan tanto si ya no hay remedio?».

Y a continuación:

«Qué pena que tanta gente pierda su tiempo conmigo, seguro que en el hospital hay otros casos más urgentes que atender».

Entonces distinguió un punto de luz frente a sus ojos. Al principio era pequeño, pero se agrandó con rapidez. Había surgido de la nada: una claridad de una intensidad increíble, distinta a todas las que había conocido, de la que no lograba apartar la mirada. La escena del quirófano comenzó a desaparecer para ella, diluida en la luz, y sintió que sobre el mundo caía una noche muy cerrada que la envolvía. Al fondo, brillaba aquel resplandor de belleza sobrenatural que comenzaba a atraerla igual que un imán a un cuerpo metálico.

Le pareció natural avanzar hacia ella. O tal vez no podía resistirse, pensó en algún momento, aunque ya daba lo mismo. Caminó muy despacio, como si subiera por la ladera de una colina, o como si recorriera el interior de un túnel. Era un camino incierto, pero no se sentía asustada, sino todo lo contrario. Experimentaba una gran sensación de bienestar. Las punzadas de dolor que sintió en casa, los presentimientos terribles, las dudas, la angustia... todo había quedado muy lejos. La existencia era ahora fácil y simple: corría como el agua de un torrente joven. Solo era ne-

cesario dejarse llevar. La única meta era la luz. Mientras avanzaba, sentía crecer sus deseos de sumergirse en ella.

Cuando estuvo lo bastante cerca distinguió una silueta que se perfilaba entre la claridad. Parecía estar esperándola. Junto a la figura, una delgada franja luminosa marcaba algo así como una línea de meta o una frontera. Ni siquiera entonces sintió temor. La figura le tendía la mano. Extendió la suya y solo cuando sus dedos casi se rozaban comprendió que se trataba de un niño. Debía de tener unos cinco o seis años. Tras el encuentro comenzó a hablarle, aunque ella nunca dijo que lo hiciera con palabras:

—Agárrame la mano, Laura.

Obedeció al instante. El niño no parecía de carne y hueso, aunque tampoco ella creía serlo. Ya no. Más bien tenían una consistencia gelatinosa, de una corporeidad extraña. El mero contacto con aquella mano diminuta le transmitió una sensación de plena confianza.

—No sabes cuánto me alegro de conocerte —dijo el niño.

Laura se sintió feliz de estar allí. Deseaba continuar avanzando. Incluso se lo dijo a su inesperado acompañante:

—Vamos. Llévame más allá de la luz.

Pero el niño no le hizo caso. Solo dijo:

—Eres como imaginaba.

Ella no supo qué responder. Observó su cara y no le sintió un extraño.

—No puedes quedarte aquí —continuó el niño—. No por el momento. Lo siento mucho.

Ella intentó oponerse. No le gustaba la idea de abandonar aquel lugar para regresar a su cuerpo dolorido. Tampoco la de desandar el camino que tanta curiosidad le había despertado. Sin embargo, el niño se mostró inflexible.

—Este todavía no es tu sitio. El tuyo está ahí, al otro lado.

Señaló hacia el punto de partida del túnel, del que Laura procedía. Al fondo, se adivinaba el trasiego de los médicos, el sordo rumor de la vida que continuaba.

—Pero yo no deseo volver. Quiero quedarme contigo. Por favor, llévame más allá.

—¿Y qué será de tu hija? ¿Es que no piensas en ella?

—Mi hija tiene a su padre. Saldrán adelante sin mí.

Laura recordaba haber dicho eso con pleno convencimiento. Ni ella misma sabía cómo podía haber pensado tal cosa. Por fortuna, el niño se opuso al instante. Negó con la cabeza y dijo con gravedad:

—No.

Laura intentó insistir, pero él repitió:

—Tu sitio no es este.

Viendo que a Laura le costaba tomar el camino de regreso, él atravesó la frontera luminosa y se ofreció:

—Ven, te llevaré.

Laura no estaba de acuerdo con aquella decisión unilateral, de modo que le siguió enfurruñada. No había nada que ella deseara más que atravesar la frontera de luz. Y nada que le apeteciera menos que regresar al quirófano, a su cuerpo, al dolor.

—Aún tienes mucho por hacer, Laura —le dijo su guía mientras juntos recorrían el túnel en dirección al rumor del otro lado.

Laura buscó el modo de demorar el último segundo con algunas de las preguntas que rondaban por su cabeza.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Por qué has dicho que soy como imaginabas?

Pero el niño no respondió. Señaló al frente, hacia todo lo que la esperaba. Laura vio de nuevo su propio cuerpo exánime, pero la escena no era la de antes. Ahora se encontraba en una cama de hospital. A su alrededor, varios aparatos emitían pitidos regulares. Había tubos, cables, sondas que la conectaban a una existencia incierta. Al reconocerse sintió pánico. Pánico al sufrimiento que no puede dissociarse de la vida.

—Sé cómo te llamas porque soy tu hermano —explicó el niño, sonriendo.

—Qué tontería —replicó Laura—, yo soy hija única. No tengo hermanos.

—Tuviste uno, pero morí antes de que tú nacieras.

El silencio era demasiado interrogante. El niño pareció darse cuenta:

—De meningitis, a los seis años. Me llamo Miguel. Puedes preguntar a nuestra madre.

«Nuestra madre». Aquellas dos palabras tenían la fuerza desafiante de lo muchas veces deseado pero jamás cumplido.

Demasiado abrumada para decir nada, Laura pensó en lo imposible. En la distancia que separa lo que jamás existió

de lo que habría podido pasar.

«He aquí otra frontera de luz», pensó.

Antes de que lograra añadir nada más, él le apretó la mano, la miró a los ojos, frunció los labios y la empujó. Regresar a ella misma fue como arrojarse a una piscina.

—Es por ellos que debes volver —le escuchó decir, a lo lejos—. Nosotros te estaremos esperando.

Le hubiera gustado preguntar a qué «nosotros» se estaba refiriendo, o qué era aquella luz de la que provenían, pero ya era tarde. El dolor y la limitación de estar enjaulada en un cuerpo físico regresaron de inmediato. Abrió los ojos.

Ese pequeño gesto provocó a su alrededor un gran revuelo. Llegaron los enfermeros, los médicos, el personal auxiliar. Comenzaron a manipularla, a caminar a toda prisa, a formular preguntas en voz demasiado alta. Los pitidos de los aparatos hablaban un código que ella no sabía interpretar. Escuchó algunos nombres entre el coro de voces. El del doctor Febles fue el más repetido, alguien había corrido ya a avisarle. En algún momento de aquel revuelo le distinguió a los pies de la cama, observándola en silencio. No le gustó cómo la miraba.

Laura aún tardó un poco en conseguir articular palabra. Lo primero fue preguntar por su bebé. Le dijeron que estaba bien, que era una niña preciosa y que enseguida podría verla. Por primera vez, Laura pensó que su guía no se equivocaba cuando le dijo que debía volver.

A continuación, preguntó por su madre.

—Acaban de avisarla —la tranquilizó una enfermera.

Cinco minutos más tarde, un taconeo apresurado anunció la llegada de la mujer. Se colocó a un lado del lecho y le

agarró la mano a su hija.

—Estás bien —susurró.

Laura no podía esperar. Necesitaba formular la pregunta, el único equipaje que había traído de vuelta.

—¿Tuve un hermano? —espetó.

La madre titubeó. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se tapó la boca con una mano. Estrujó el brazo de su hija sin darse cuenta.

—¿Por qué no me lo dijiste nunca, mamá? —preguntó Laura, apenas con un hilo de voz.

—Fue horrible —respondió su madre en un susurro—. No le deseo a nadie ver morir a un hijo como nosotros vimos morir a Miguel. Tu padre se volvió loco de dolor.

Laura la miraba a los ojos. Fijamente. La mujer buscó el modo de continuar. Solo pudo añadir:

—Hija, a veces el silencio nos protege. Fingir que no ha ocurrido es un modo de olvidar que ocurrió.

\*\*\*\*\*

Conocí esta historia por la propia Laura, algunos años después.

También supe que Laura jamás accedió a contarle nada de esto al doctor Febles. No deseaba revivir esta historia, como si el silencio también la protegiera a ella.

La memoria es como una moviola. Hay gente aficionada a ver una y otra vez las mismas escenas del pasado. Laura no era de esas.

Sin embargo, habría suscrito aquella explicación con que Febles solía comenzar sus conferencias. Decía:

—Son pocos los que han mirado a la muerte a la cara y han vuelto para contarlo. Quienes lo han hecho se han sentido crecer con esa experiencia, y ya no sienten miedo de lo que les espera mas allá de la línea de luz que marca el punto del no retomo. Hoy les voy a contar el secreto de esas personas, Y me atrevo a decir que cuando lleguen a sus casas, no serán ustedes los mismos, ya que se habrán librado del miedo más ancestral de la humanidad, aquel que nos atenaza desde que surgió en nosotros la conciencia de la finitud: el terror a morir.

Febles era un orador brillante, un verdadero encantador de serpientes.

También era un ser orgulloso, acostumbrado a ganar todos los combates. Laura fue una de sus obsesiones. Que se le resistiera no entraba en sus planes.

Yo, en cambio, mordí el anzuelo a la primera.

Aunque a veces las presas más fáciles son también las que más sorprenden a los cazadores confiados.